

Marta Brunet

## María Rosa, flor del Quillen

*(Conclusión)*

Un airecillo suave hacía de todos los olores de la montaña un solo perfume, único por lo intenso. No se olía solamente aquel perfume: se gustaba al pasar el aire por la boca camino de los pulmones, dejando sabor a menta, a poleo, a resina; se veía cuando las hojas se inclinaban como para mejor echar su aliento exquisito; se sentía cuando los dedos del viento dejaban en la cara la frescura de su caricia; se oía en el rumor insistente y secretero de la montaña.

Con breves cantos de llamada los pájaros buscaban sus cobijas. Una lechuza voló silenciosamente hasta una rama alta, se aferró sólida, torció la cabeza y con los ojos fijos en el horizonte quedóse de atalaya hasta que se hizo noche. Entonces ululó sus agorerías y se fué ahuyentada por la lluvia de piedras que los chiquillos echaban sobre ella.

—¿Onde andará Saladino? ¿Lo ha visto usted, Zoilita? —preguntó María Rosa a una mujer que como ella, junto al fuego, preparaba la comida.

Sentía la imperiosa necesidad de hablar, de sentirse acompañada. Antes, en su aislamiento voluntario, era feliz; ahora la soledad en que la dejaban la hería como un insulto.

La mujercita—era buena y vivía además lejos de todo comentario—contestó modosamente:

—Se jué con los otros a buscar piñones.

—¿Le queó a usté algo di'agua?

—Naíta, l'eché toa en l'olla.

—Válgame Dios... ¿A` quién mandara a buscar?

—Aquí estoy yo pa servirla —dijo Pancho Ocares adelantándose con una decisión que enfureció a María Rosa. —¿En qué le traigo l'agua? ¿En el tarro?

—No preciso sus servicios. Gracias —contestó muy seca, mirándolo a los ojos con un reto que fué un acicate más para el capricho del mozo.

—No sea mala... —y acercándose, con ademán lento y firme le quitó el tarro de las manos. —Éjeme servirla... es l'único que quero en el mundo... es usté...

Afurdida por la audacia, temerosa de que Zoila se hubiera dado cuenta del juego de palabras, avergonzada porque un grupo de mujeres miraba desde lejos la escena, cambiando entre ellas risas y cuchicheos, María Rosa soltó el tarro e inclinó la cabeza, buscando ocultar la cara que le ardía el rubor.

Pancho la miró un instante gozando su triunfo, luego dió una mirada en torno para constatar qué efecto hacía ese triunfo en los espectadores y sonriendo satisfecho, se fué a buscar agua a un manantial que brotaba allá, entre unas piedras, bajando un poco de camino.

De pie junto a la fogata, desconcertada, con vagos deseos de llorar, sin saber qué hacer, María Rosa miraba sin verlo el bailoteo de las llamas. ¿Qué haría? ¿Avisar a Saladino? ¿Provocar un incidente que sería un escándalo?

—Lo mejor es hacerse la lesa y aguantar — se dijo mentalmente, recobrando un tanto el aplomo.

Afanosa se dió a pelar papas y cebollas, a deshojar choclos, a picar repollo, preparando los ingredientes del puchero que sería su comida. Fué a la carreta a buscar sal, volvió a ir por una cuchara.

—¿Va'amasar usté? —preguntó Zoila.

—Traje pan pa hoy, Mañana haré tortillas e rescoldo.

—Yo me veo tan alcanzá e tiempo... —para Zoila era un

sedante narrar sus tristezas—. Los chiquillos no m'ejan parar cosa... Entoavía no saco el pan de l'horno cuando ya se lo comen. Son como güilres, y son tantos y tan condenaos... Mire, aguaité como están que se malan comiendo piñones crúos, después son las lipidias y los empachos... ¡Ay, Señorcito! ¡Dame paciencia!

Se la veía deshecha por el trabajo, extenuada por los hijos, deformado el cuerpo por otra próxima maternidad, marchita la cara por una vejez prematura. Vestida pobremente, era un montón de harapos bajo los cuales los músculos relajados sólo pedían descanso. Descanso de hambres, de fatigas, de miserias, de embarazos, de sufrimientos.

—¿Quére que l'ayude en algo? —preguntó María Rosa.

—¡Dios se lo pague!— y emocionada por la atención la miró con ojazos húmedos, de bestia agradecida. —¿Quére ayudarme a pelar papas? Les voy hacer charquicán.

— Yo le voy a traer un piacito e charqui pa que l'eche. No será mucho, pero siempre agarra gusto.

—¡Dios se lo pague!— volvió a decir agradecida, mas de pronto, amargada, recónditamente envidiosa, agregó: —usté puee darse esos gustos... usté no tiene chiquillos...

—¡Y es too lo que quisiera! Usté no se imagina lo triste qu'es no tener guagua.

—Es que usté no sabe... por lo mesmo que no las ha tenío. Los hijos acaban con too y hacen sufrir tanto!... A veces cuando ya está uno criaio ¡zás! de repentito, en un decir Jesús, va y se muere, y una casi se vuelve loca e pena. Hay veces que me desespero tanto con ellos que me dan ganas de tirarme al suelo en un rincón y ejarne morir...

—No iga eso, que Dios la puee castigar. ¿Qué harían esos pobrecitos sin madre?

—Puee que se murieran toos y al fin sería lo mejor pa ellos. La vía del pobre es tan perra ¡puá! —hablaba con una desesperación tan honda, tan arraigada en lo inconsciente, que no era ella quien pronunciaba esas palabras, sino toda la serie de

antepasados oscuros que saborearan el pan agrio de la pobreza.

—Está mala de la cabeza usted, hoy—le reprochó María Rosa, con dulce voz persuasiva que pareció volverla a la realidad.

—Son estos mocosos—dijo, haciendo un gesto vago. —A veces los quero a morir y otras veces los molería a palos. No s'entiende una...

Volvió Pancho Ocares.

—Aquí está l'agua. ¿Qué más se li'ofrece? —preguntó solícito, buscando los ojos de María Rosa que huían los suyos.

—Na, gracias.

Sin mirarlo, cogió el farro, echó agua en una fuentecilla para lavar las verduras, y como si el mozo no existiera continuó preparando la comida al par que ayudaba a Zoila a preparar la suya, charlando con ella, aferrada la atención a cuanta tristeza le contaba, con la esperanza de distraer el pensamiento de la presencia turbadora y punzante de Pancho Ocares.

\* \* \*

Luego de comer, hombres y mujeres formaron un círculo, sentados los más en el suelo y sólo unos pocos en pisos y mantas. Mientras pasaba la pereza de la digestión se distraían contando cuentos en espera de que cantara María Rosa, y era claro que el canto traería baile.

Algunos chiquillos dormían acurrucados en un choapino. Otros rodeaban muy despabilados el farro donde cocieran los piñones, y ya ahitos, mordían la envoltura café rojizo, jugando a quién, apretando la vaina, hacía saltar más lejos el piñón.

Las cinco carretas se esparcían por el claro con el pértigo en el suelo y la sombra junto en un remedo grotesco.

La fogata apagada era un montón de carbones con una que otra manchita roja, ténue por la ceniza.

Los perros dormitaban cerca del rescoldo, menos uno que mezclado con los niños dormía con ellos fraternalmente, sirviendo de almohada a la cabeza oscura del más pequeñín.

Se sentía ramonear los bueyes entre los árboles. Un ave nocturna solía pasar aleteando recio y las corhuilas daban al silencio sus dos notas únicas, repetidas obstinadamente.

Alta la luna en el cielo muy azul, su luz blanca apagaba las estrellas, poblando el paisaje de fantasmagorías alucinantes.

En el corro don Saladino llevaba la voz. Decía a Pancho Ocares:

—Es malo reirse d'esas cosas...

—No me río, pero es que hallo muy divertido que al pasar frente a una pieira en el camino pa Lonquimay, l'ejan alguna cosa pa tener güen viaje. Se ehí hubieran matao alguno.

—Entonces se l'ejarían velas—dijo el mayordomo.

—Y si no hay finao ¿a quién l'ejan cosas?

—Yo no se na... Es una costumbre e los indios qui habimos agarrao nosotros los d'estos laos. No sé si hay ánima o qué hay, pero el cuento es que si uno pasa sin ejarle algo a la pieira, una esgracia le llega luegoito—explicó don Saladino sentenciosamente.

—Se l'ēja cualesquier cosa—agregó el mayordomo—un cigarro, un palo e fósforo...

—La pieira es pitaora entonces—dijo Pancho con burla.

—No eche la cosa a risa—aconsejó don Saladino muy serio.

—No le vaiga a pasar lo mesmo qui a Peiro Faez.

—¿Qué le pasó a Peiro Faez?—había siempre burla en la voz del mozo.

—¿Peiro Faez?—preguntó Clementina abriendo mucho los ojos en un pueril gesto de espanto.—¿El que se reía del pino hilachento?

—¿El pino hilachento? ¿Qu'es eso?—preguntó casi simultáneamente Pancho Ocares.

—Es un pino qu'está en el cajón del Llaima y al que tamién se l'ēja cualesquier cosa, una hilacha que sea.

—Por eso lo mientan así—completó el mayordomo.

—¿Y qué le pasó a Peiro Faez?

—Le pasó, le pasó... Güeno, les contaré toa l' historia—un momento don Saladino se concentró coordinando sus recuerdos,

luego, con grandes pausas en que esperaba que la lengua se le desenredara, fué diciendo lentamente:—Éramos tres los que arreábamos piño desde l'Argentina, un gaucho que se llamaba Peiro Faez, Tránsito Hernández qu'era de Chile Chico y un servidor de ustedes. Al gaucho lo conocimos al otro lao y lueguito nos gustó por su hombría, su güen genio y lo simpático qu'era. La familia la tenía en el Neuquén, en Catan-Lil, l'hacienda e don Arze, ese caballero argentino que toos queríamos tanto. Tenía madre, mujer y un chiquillo chico que ya gateaba; a los tres los quería a morir y siempre los andaba mentando pa contar cosas de la mujer, dichos de la veterana y gracias del güeñicito.

A naiden he oío cantar con más sentimiento. Sabía unos tristes que daban ganas e llorar oyéndolos y unos pericones alegres como diachos y unos tangos compadritos más picanter qu'el ají. Nos tenía tan entreníos que no sentíamos pasar las horas.

Cuando llegamos a la cumbre nosotros empezamos hablar del pino hilachento. Peiro Faez se reía a morir y nos llamaba «sonsos» porque creíamos en esas cosas.

Entre broma y broma llegamos al pino hilachento qu'estaba lleno, pero lleno d'hilachas, de cigarros, de fósforos, de plata argentina, de plata chilena... hasta un pañuelo e narices tenía.

Es un pino d'estos que dan piñones, viejo y grandazo como no ehí visto otro. Es muy raro, no sé lo que parece. Tiene el tronco pelao y arriba las ramas como brazos. Parece talmente uno d'esos candeleros que hay en las iglesias con muchas velas.

En fin: el cuento jué que yo le puse una chaucha, que Tránsito Hernández le puso un cordón e zapato y que Peiro Faez no quiso ponerle na.

Por primera vez casi nos peliamos, porque quería barrer con toa la plata que tenía el pino pa comprarle con ella juguetes a su mocoso. Nos costó convencerlo:—Si tal hacís te va a pasar algo grande—l'hicíamos y él se reía, y nos golví a llamar «sonsos» con su moo tan simpático.

Poquito más acá encontramos al patrón que nos estaba esperando y Peiro Faez se volvió pa su tierra, con gran sentimiento e nosotros qui habíamos aprendío a quererlo. El hombre tamién nos quería. Se despidió con bromas de que l'iba a sacar toa la plata al pino... y se jué, riéndose siempre y llamándonos fantasiosos.

¡Y no supimos más d'él!

Hasta qu'en l'otra primavera llegaron unos qu'eran del Neuquén y tomando noticias de los amigos d'esas tierras les preguntamos por Peiro Faez.

Resulta que cuando Peiro llegó al Neuquén s'encontró con su mujer muy enferma, tan enferma que al poquito e tiempo después murió. Peiro queó como atontao con la pena, se lo pasaba cavilando sentao en un piso, sin querer trabajar, sin hablar palabra. Apenitas hacía una semana que había enterrao a la finá cuando se cotipó el mocoso, le vino fiebre mala y tamién se murió.

Entonces Peiro se puso bien malo e la cabeza. Se lo pasaba hablando solo, iciendo que por su culpa se habían muerto la mujer y el niño, que toas esas esgracias eran venganzas del pino hilachento porque le había robao la plata y que tenía qu'ir a devolvérsela pa que no fuera a morir la veterana.

Hasta que un día aperó la bestia, llamó al perro y las echó pa Chile sin atender razones e naiden.

Na más se supo d'él, porque el invierno ya estaba encima y luego se cerró la cordillera.

La primera arriá que pasó en Setiembre s'encontró un esqueleto colgao del pino, la bestia y el perro estaban en el suelo y eran tamién puros güesos. Por la montura y una libreta qui hallaron se supo que Peiro Faez era el ahorcao.

Unos creyeron que como estaba tan malo e la cabeza s'ahorcó e puro local. Otros creyeron que se queó embotellao con las primeras nevazones y que antes de morirse di'hambre y frío prefirió matarse. Toos son supuestos... Na se sabe... pero el cuento jue así—terminó diciendo don Saladino.

Un momento se quedaron todos en silencio, cogidos por la

emoción de la tragedia lejana. Luego vinieron los comentarios breves y rápidos.

—Eso jué una pura casualidá—dijo Pancho Ocares.

—Yo creo qu'el pino está hechizao—dijo con voz medrosa una jovencita.

—Too lo que pasa tiene que pasar porque es el Destino—exclamó sentenciosamente el mayordomo.

—Sí, es el Destino—lo decía Zoila con desaliento infinito, aplanada por ese poder oculto y omnipotente al cual el montañes confía su vida entera.

—En estas cosas lo mejor es creer. Entre ponerle y no ponerle, lo mejor es ponerle—con su desparpajo habitual, Clementina sonreía pícara.

—¡Pobre Peiro Fáez!—murmuró María Rosa compasivamente

—De hoy p'adelante le voy a rezar a su ánima.

—Mejor será que rece por una intención mía—dijo Pancho Ocares.

—Vos tenís muy malas intenciones—le contestó un mozo muy simpático que se llamaba Lucho Guerra.

—Callate tu hocico—Clementina le dió un manotón en un brazo y luego, sonriendo siempre, con malicia que hería como un esiletazo, dijo a María Rosa:—Hácele caso a Pancho... no seáis lesa. Yo respondo por él.

—¿Y por vos quén responde?—preguntó Lucho Guerra.

—¡Ah, diaulo mañosol—y le dió otro manotón, riendo con tales ganas que los demás, contagiados, rieron largamente.

—¿Entoavía no cree en el pino hilachento?—preguntó a Pancho el viejo campero.

—Yo no creo en na... En l'único que creo es en que la María Rosa va cantar.

—Deveritas pue.

—¡Ya María Rosal

—¿Onde está la vigüela?

—Yo l'iré a buscar—y don Saladino se puso en pie, yendo hasta la carreta.

Volvió el viejo con el instrumento. María Rosa lo acomodó



en sus rodillas y empezó a afinarlo, sacando unos acordes ásperos como latigazos, a los cuales siguió un rasgueo frenético, terminado por un palmetazo seco sobre las cuerdas.

Entonces la voz de la mujer, muy pura, muy cristalina, con un dejo infantil en los agudos, empezó a cantar apoyada en una nola que comentaban los acordes:

¡Qué vivan las señoritas!  
Yo vengo de l'Angostura  
a cantarle esta letrita  
que compuso la Ventura.

¡Ay!  
que compuso la Ventura.

El día que la compuso  
aquella niña malvá,  
mi taita y mi tío Cucho  
se reían a carcajá.

¡Ay!  
se reían a carcajá.

El día que la cantaron  
jué el día del taita Pancho,  
de tanta gente qui había  
botaron la puerta el rancho.

¡Ay!  
botaron la puerta el rancho.

Al ver la puerta en el suelo,  
aquí mi ñaña enojá  
mandó quitar la guitarra  
y dijo:—No canten na.

¡Ay!  
y dijo:—No canten na.

La fiesta acabó a pencazos,  
qui había e suceder,

siendo remolienda e huasos  
así tenía que ser.

¡Ay!

así tenía que ser.

¡Ayayay!

Tras el último ¡Ay! plañidero, con otro palmetazo seco sobre las cuerdas María Rosa calló la guitarra, quedándose muy seria, con los ojos bajos, escuchando como distraída los aplausos y las exclamaciones con que la animaban a seguir.

—¡Bravo!

—¡Dios la bendiga, m'hijita!

—Muy bien.

—¡Otra! ¡Otra!

—Una cueca agora.

—Pa bailarla con la Clementina —dijo Pascual Brito poniéndose en pie.

—Clarito pue—contestó Clementina saliendo al ruedo.

—Cueca... Cueca...

—¡Ay, sí!—tarareó Pancho Ocares.

—Hácele María Rosa.

Pascual Brito y Clementina estaban en el centro del corro. Arrogante el mozo, vestía pantalón alto y una chaquetilla corta adornada con profusión de botones, un pañuelo rojo arrollado al cuello flameaba las puntas sobre la camisa blanca. Con una mano en la cadera y la otra caída a lo largo del cuerpo empuñando un pañuelo, miraba el mozo a Clementina con ojos risueños y desafidores, porque ambos tenían fama de buenos bailarines y les gustaba lucir juntos sus habilidades por ver quién tenía más.

María Rosa volvió a rasguear las cuerdas y empezó:

En la puerta de mi casa  
voy a poner un tablero,  
con un letrero que diga:  
Vendo l'aloja casero.

Rica l'aloja ¡ay! qué güena,  
fresca y barata,  
se vende por medio rial,  
lo que sobra doy de yapa.

Con los ojos bajos y una sonrisa a flor de labio, Clementina —moviendo los pies en un compás de vals— iba y venía rodeada por el mozo que le cortaba el camino zapateando recio y dibujando primores con el pañuelo en el aire. Y había que admirar la incitación que la mujer ponía en su cara—ya de común picaresca—y el dejo con que desalentaba al hombre cuando éste apretaba el círculo en torno a ella o la coquetería con que lo buscaba cuando se iba lejos.

El sereno de mi calle  
anoche se m'enojó  
porque gritaba tan fuerte:  
Vendo l'aloja señor.  
Rica l'aloja ¡ay! que güena,  
fresca y barata,  
se vende por medio rial,  
lo que sobra doy de yapa.

El corro seguía el compás de la guitarra palmoteando entusiasmado. Y como todos estaban atentos a la pareja que bailaba, y más que todos don Saladino, aprovechó Pancho Ocares el instante para llegarse a María Rosa, ponerse de rodillas a sus pies e ir diciendo a la vez que tamborileaba en la caja de la guitarra:

—Mi Rosita... Mi Rosita quería...

Apenas movía los labios para murmurar estas palabras que se infiltraban en María Rosa como un mosto nnevo que la embriagara. Pero siguió rasgueando con ímpetu las cuerdas en la esperanza de no oír aquella voz de demonio, ni que los demás la oyeran.

¡Qué ya s'acabó l'alojal  
 ¡L'aloja ya s'acabó!  
 La plata qu'hemos ganao  
 la remolimos los dos.  
 Rica l'aloja ¡ay! que güena,  
 fresca y barata,  
 se vende por medio rial  
 lo que sobra doy de yapa.

—No esté enojá con este pobre guacho que sólo sabe quererla—seguía diciendo Pancho Ocares por lo bajo, quemándola con el aliento, turbándola hasta el punto de que la voz se le estranguló en la garganta y tuvo que suspender el canto.

—¿Qui hubo, María Rosa?—preguntaron varias voces extrañadas por la interrupción.

—Estás bien lesa—gritóle Clementina—no mirís tanto a Pancho.

—Falta el cogollo—gritó a la vez que Clementina, Pascual Brito, buscando que don Saladino no tomara sentido a lo que su pareja insinuaba.

María Rosa no supo cómo pudo seguir cantando:

¡Qué viva la Clementina!  
 Cogollito verde s'hoja,  
 si quere yo le sirvo  
 una copita d'aloja.  
 Rica l'aloja ¡ay! que güena,  
 fresca y barata,  
 se vende por medio rial,  
 lo que sobra doy de yapa.

La pareja redoblaba su entusiasmo y en un último despliegue de gracia, Clementina levantaba la falda, dejando al aire sus pantorrillas rollizas y el mozo «cepillaba» un paso brioso que sostenía el palmoteo general.

—¡Arol!

—¡Cueca más bien bailá no ehí visto en mi vida!

—Güena la parejita...

—Harto güena...

—Sírvase, Clementina.

Terminado el baile habían ido a una carreta en busca de la damajuana y servían vino que animó más aún las fisonomías. Se cruzaban frases intencionadas que como saetas iban a clavarse en Clementina: estaba en pie en medio del grupo contestando con desgaire cuanta picardía oía, exuberante de contento y de ganas de fiestear, como decía con su gruesa voz de bordón.

María Rosa aprovechó el movimiento general para ponerse en pie e ir a reunirse con don Saladino.

Pancho Ocares también se levantó, yéndose tras ella porfiadamente.

La mujer, que lo sentía seguirla, tuvo la tentación de volverse y decirle una palabrota, de irsele encima y arañarlo, de escupirlo y tirarle el pelo. Fué un momento de exasperación que pasó como un relámpago, dejándole nuevamente la sensación de embriaguez, de cansancio gozoso al comprender que «no podía» abominarlo.

Un resto de orgullo, un último alarde de independencia, una bravata desesperada que se volvía contra ella misma, hiriéndola, la hizo obrar. Pero era como si cuanto decía lo dijese otra, y ella, muy lejos, muy alta, se aislara en la dulzura de sentirse vencida.

—Me duele la cabeza—dijo a don Saladino.

—¡Vaya por Dios, m'hijita!—la miraba asustado porque la cara de la mujer estaba desencajada.—¿Qué le haría mal?

—Quizás si sería el sol.

—¿Le duele mucho?

—Muchazo... —y como en realidad la excitación nerviosa le atirantaba los músculos, no necesitaba fingir para revelar sufrimiento.

—¡Qué pena!—contestó Pancho Ocares con voz dolorida.

Estaba furioso en lo íntimo porque después de la escena de la tarde creía a la mujer cosa propia y ahora sentía que se le

escapaba con una firmeza sorda que lo desconcertaba, llenándolo de un furioso deseo de venganza—mitad depecho y mitad amor propio herido—que en caso de tenerla a su merced, más que a besar lo impulsaría a pegar.

Por la buena o por la mala—le había dicho él. Ya había ensayado bastante por la buena, ya era hora de buscarla por la mala...

La voz de que María Rosa enferma se retiraba llenó de consternación al grupo.

—Póngase unos parches de papa—aconsejó Zoila muy compungida.

—Éjate e leseras... Tomate un trago y verís como al tiro se te pasa—dijo agriamente Clementina.

—Yo no tomo. Pue que durmiendo se me pase. Me voy acostar y si no alivio, mañana d'alba me voy pa mi casa—y desafiadora, miró primero a Clementina que hizo un mohín de fastidio, y luego a Pancho, que sostuvo impasible la mirada.

Había tomado de súbito la resolución de huir. Irse, irse. alejarse del vértigo que le producía Pancho Ocares, dejar atrás todo eso y volver a la calma de su vida de antes, aunque le encogiera el corazón el recuerdo de la puebla solitaria en que sus días volverían a la nada.

—Con tu gusto, hijita... Pero éjame que me ría e tus leseras. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—Ríase hasta que le dé puntá. Güelvo a icirle que cada uno tiene su moo e ser.

—En eso estamos conformes. Cada uno tiene su moo e matar las pulgas. A mí me gusta matarlas a la vista e toos. A vos...

—¿Qué?—preguntó bravamente.

—Ná... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Lo que siento es que nos aguás la fiesta.

—Yo famién lo siento. Güenas noches—dijo María Rosa que ya no deseaba otra cosa que huir.

—Güenas noches. Que se alivie—contestaron todos.

—Hasta mañanita—se despedía don Saladino, tan afligido por

la enfermedad de su mujer que las frases últimas no alcanzó a penetrarlas.

—Yo creo que no será na—y Pancho Ocares sonrió socarronamente.

—Dios lo quiera... —dijo Zoila con gran candor.

La pareja se alejaba camino de la carreta.

—¿Y a esta gata mañosa le llaman la Flor del Quillen? ¡Puá! qué irrisión—comentó riendo a carcajadas Clementina.

• • •

María Rosa cumplió su amenaza de volverse a la puebla. De alba emprendieron el descenso. Don Saladino iba doblemente preocupado, pues a la enfermedad de la mujer se unía el cuidado por la cosecha de piñones que tuvo que confiar a Pascual Brito. María Rosa guardaba un silencio huraño. Tan pronto se sentía feliz y cada paso de los bueyes le daba la sensación de alejarla de un peligro, tan pronto la cogía, angustiándola, el vacío hacia el cual caminaba lentamente.

Entre esas dos corrientes era una pobre cosa flotante, desesperada por no encontrar un asidero que le devolviera la estabilidad. La única ansia que tenía era verse en su casa, entre los objetos familiares, sola, pensando, viendo si podía ordenar cuanta impresión traía en el cerebro para ver claro en ella misma.

Y deseando llegar, la horrorizaba ese fin de viaje, porque en la casa, sola, pensando, viendo claro en ella misma, tenía la absoluta seguridad de encontrar que el amor por Pancho Ocares lo llenaba todo. Esta certidumbre le daba fiebre, habiéndola tiritar.

Fué un triste viaje interminable. Llegaron de noche a la puebla e inmediatamente María Rosa se acostó, molida por las dos jornadas, sintiendo un círculo de hierro en torno a la cabeza adolorida.

El cansancio físico la sumió en un sueño poblado de pesadillas horribles. Cuando don Saladino al levantarse de madru-

gada la despertó fraginando por la pieza, tuvo una sonrisa de alivio al verse en la casa.

—Lo mejor es que no te levantis. No te aflijas por la comía, con un piazo e charqui y unos cuantos mates yo estoy del otro lao. Voy a d'ir a las casas a ver si me dan una poquita e leche pa vos. Hablaré con la patrona mesma. Y no sería malo agarrarse de que vos estás enferma pa que nos den una vaca pa lecharla. ¿No te parece?

Hablaba don Saladino yendo y viniendo por la pieza. María Rosa lo escuchaba distraídamente, sentada en la cama, arrebozada en el chalón.

—¿Te vís a levantar?—preguntó don Saladino.

—¡Ah!—volvía de tan lejos—Clarito pue, más rato me visto.

—¿No será mejor que te quedís en la cama?

—Es pior, más se mi'acalora la cabeza.

—Vos sabrís lo que hacís. Yo voy a buscar la leche y a la güelta pasaré a tu casa a contarle a tu mama qu'estás enferma.

—Traete a Perico, entonces. Dile a mi mama que me mande un piazo e tela plástica. Eso me aliviará hartazo. Y le daís muchos saludos.

—Al fin creo que jué mucha lesera veniros como locos.

—¡Eso es! Y si sigo enferma y me pongo pior ¿qué habías hecho conmigo allá arriba?

—Güeno... Güeno... Vos sabís que en tus cosas yo no me meto. ¿Te quisiste venir? Aquí estamos y sanseacabó.

—Dile a mi mama que si sigo enferma tiene que mandarme a una de las chicuelas e la Ramona pa que me cuide.

—Güeno.

—No te vaigás olvidar del Perico, Pídele a mi mama el canasto pa traerlo, ella lo guardó.

—Güeno.

—Y la tela plástica.

—Güeno... Na se me olvidará. Hasta luego.

Ya sola, María Rosa levantó las rodillas hasta la altura de la cara, las rodeó con las manos unidas y se quedó pensando en que ya era hora de pensar.



Iba lentamente, miedosamente, buscando el recuerdo de las impresiones recibidas. Nunca encontraba una sola: junto a la vergüenza de lo que todos suponían estaba la alegría áspera como un cilicio de volver a encontrar a Pancho Ocares; junto a la ira que le causaban sus audacias estaba la dulzura de sentirse inmóvil viendo girar en torno ese torbellino; junto al pavor que le inspiraba el porvenir estaba la dicha aguda de ver como el Destino la echaba en los brazos del mozo.

En la mujercita los sentimientos obraban violentamente, llevándola de uno a otro extremo con una fuerza impetuosa que no la dejaba acogerse a ninguna conclusión.

¿Quería a Pancho Ocares? ¿Lo quería lo bastante para...?

Estiró los brazos con un gesto de pereza que hizo temblar los breves senos firmes, desnudos bajo el lienzo de la camisa. Las cosas familiares se le aparecían en la penumbra de la pieza cerrada con una vaguedad turbadora. De un clavo colgaba la manta de don Saladino con la chupalla encima.

María Rosa la miraba fijamente, pensando que era igual a la que Pancho usaba. Igual: roja con dibujos blancos y negros. La miraba. Y a fuerza de mirarla llegó a sugestionarse y por la intensidad de su deseo, no vió allí la gaya policromía de tejido burdo y colgante, no: las líneas tomaban relieve, el sombrero se levantaba y una cara morena asomaba bajo sus alas, unos ojos sonreían a los suyos febriles y una boca dejaba ver la punta de los dientes deslumbradores.

—¡Pancho!—murmuró estremecida.

Y estiró los brazos a ese fantasma, levantando la cara para que al avanzar, mejor pudiera besarla.

—¡Pancho!—volvió a decir.

Pero esta vez el sonido de su voz la trajo a la realidad y en lo obscuro de la pieza sólo vió el sombrero y una manta, colgando lacios del clavo. Pero también vió en sí misma el impulso que de haber estado allí en cuerpo y alma Pancho Ocares, la hubiera echado en sus brazos, ansiosa de caricias, quemante de pasión.

—Lo quiero... lo quiero...—empezó a repelir con una alegría de ebriedad.

El amor la cogía en su recta de gozo que lleva hasta los astros. Hubiera querido gritar a todos los vientos su secreto para que la montaña entera se estremeciera a su eco. La ola de terneza hacía de miel su alma y a toda cosa hubiera querido comunicar dulzor.

Levantó las manos con un gesto suave y acarició sus mejillas quemantes, sus párpados cerrados por la plenitud de sentimiento. Una voluptuosidad recorrió sus nervios y con un movimiento vivo se arrebozó en el chal.

—Pancho... Pancho...—volvió a repelir, como si el mozo estuviera a su lado, oyéndola—Te quiero Pancho...

De repente sus párpados se abrieron, la cabeza se echó atrás como hurtándose a un roce y el cuerpo entero cobró una rigidez de repulsa.

En su espíritu acababa de surgir la visión de su vida futura. Se veía empujada a los brazos de Pancho por una fuerza superior a su voluntad. ¡Sería su Destino! Su vida tan clara, tan nítida, se complicaba, se hacía obscura, entraba en el círculo de las mentiras, de los disimulos, de las traiciones, de las hipocresías. Ya no podría decirse con íntimo orgullo que como ella no había ninguna y que bien hacían llamándola la Flor del Quillen. Sería una mujer igual a todas, como la Clementina y la Pascuala. Bueno ¿y qué? Ella era dueña de su persona y si cedía a la tentación era porque amaba. Las otras se daban por dinero: eso era sucio, era feo. A ella no la movía ningún bajo interés. Amaba tanto como la amaban. Pancho la quería. Ella quería a Pancho. El fin natural de esa atracción recíproca era la posesión. ¿Qué mal había en ello?

Seguía siendo la Flor del Quillen y aún en la falta encontraba un sitio aparte en que colocarse.

Volvía a ceder, dándose mil disculpas que adormecían su conciencia y era ya por la fiebre de la carne y la audacia del pensamiento la querida del mozo.

El comentario malévolo no la inquietaba. Sin serlo, los de-

más la daban por amante de Pancho Ocares. En la montaña, al sentir por primera vez el alfilerazo de la malicia, se encabritó rebelde. Ahora se consideraba por encima de todas esas pequeñeces, aislada, abroquelada por ese flúido que el amor crea en torno del ser que lo padece. Para ella sólo existía una verdad y todas sus potencias tendían a penetrarse de esa verdad: el amor.

¿Y don Saladino?

Volvió a ponerse rígida, porque asomaba el marido engañado en el cuadro de sus figuraciones y hasta entonces esa figura tan principal había estado borrosa en el fondo.

¿Cómo lo olvidó? ¿Estaba ella loca? Disponía de su persona como si no dependiera de nadie, como si fuera libre. Ella tenía obligaciones, deberes, ¿en qué momento de locura los olvidó?

Y aferrada desesperadamente a cuanto quedaba en pie de su antigua personalidad se dijo que nunca, nunca, nunca sería tan mala como para engañar a ese pobre viejo bondadoso.

Nunca. No era posible. No podía darse al amor. Aquella embriaguez de ilusión había que olvidarla. En su vida no habría caricias, ni besos, ni charlas, ni miradas, ni esperas, ni sobresaltos, ni miedos, ni iras, ni rencores, ni remordimientos. En su vida no habría nada.

Y lloraba con angustia, porque por segunda vez—voluntaria y definitivamente—sus días volvían a la rutina que los aplastaba como una losa.

\* \* \*

María Rosa bordaba en el corredorcillo. Dos días habían pasado: repuesta de su enfermedad hacía la vida de siempre. Don Saladino acababa de marcharse a Dillo en busca de una partida de animales.

Un poco triste, adolorida por el sacudón sufrido, la mujer se anegaba en el renunciamiento, buscando pedestal para su orgullo en ese hecho: ninguna hubiera sido capaz de huir el amor por deber: ninguna.

Perico avizoraba un vilano errante. Agazapado, con los músculos como resortes en presión, al tenerlo cerca saltó, dió bote, volvió a saltar, giró sobre sí mismo pirueteando. El vilano subía, bajaba, subía, enredado a la espiral de aire creada por el movimiento del gato, enredado al gato mismo hasta el punto de inmovilizarse en su piel, adherida seda contra seda.

En la cocina se sintió caer un tarro. María Rosa alzó la cabeza vivamente y tras quedarse un rato cavilando se puso en pie al par que murmuraba:

—No vaigan a darme güelta l'olla e la leche. Son tan malosos estos quiltros.

Salió por la puerta trasera de la casa, atravesó el corralillo y entró a la cocina, rectamente hacia el vasar del fondo.

La puerta se cerró de golpe y alguien que se escondía detrás de su hoja única la trancó, cruzándose luego de brazos, apoyada la espalda contra el quicio.

María Rosa se volvió al golpe, y el estupor le dilató las pupilas: frente a ella estaba Pancho Ocares.

El primer impulso de la mujer fué avanzar a abrazársele, balbucirle su amor, implorar sus caricias, humillarse en un ansia de anulamiento, de ser en sus manos cosa propia de la cual se dispone. Alcanzó a dar unos pasos: el hombre la miraba fijo, respingado el labio, fiera la expresión. La inmovilizó el terror. Vió lo que iba a pasar. Contra la fatalidad no se lucha. Si hasta entonces pudo defenderse fué porque su hora no había llegado. El Destino se cumplía con ella o sin ella. ¿Para qué rebelarse?

El hombre avanzó amenazador.

—¿Creís que conmigo se juega así no más? ¿Qué te habís imaginaó? Ya me tenís cansao con dengues. Miren la señora... ¿Sabís lo que sos? Una china no más, una china como cualesquiera sofra ¿entendís?

Le hablaba casi boca contra boca. Cortaba las frases brusca-mente, arrojándoselas como piedras. Siguió diciendo:

—¿Creís que voy a ejar que toa l'hacienda se ría e mí? No pué, hijita. Toos saben que me vine a tu siga. Toos saben

que sos mi guaina. Güeno: no lo sos entoavía, pero aguardate un poco. Y no me vengáis con malos moos. Ya l'ije que por la güena o por la mala... Hacé cualesquiera cosa no más y te muelo a combos...

Alzaba un puño amenazando la cara de la mujer.

—No me pegue—rogó María Rosa humildemente, amorosamente.

Un momento el mozo la miró con desconfianza, buscando la verdad en su expresión. Luego, brusco, brutal casi, la atrajo contra sí, uniendo sus labios a los otros que no besaban, pero que se abandonaban a toda caricia.

• • •

Pancho Ocares fumaba sentado cerca de la puerta entreabierta, como atalayando el camino. De pie, frente a él, María Rosa lo miraba estupefacta, temblando toda con un pavor irrazonado a cosas extrañas. Le parecía que de pronto la casa se iba a desplomar, o que la tierra se abriría tragándolos, o que el río aumentaría su caudal de aguas hasta anegarlos. Y otra angustia apremiante que le humedecía los ojos, le nacía de la falta de terneza en Pancho Ocares. Su abrazo fué fiesta de sensualidad, únicamente. Y ella ansiaba el gesto tímido y la palabra balbucida de la ternura.

Pancho seguía fumando con grande indiferencia. Estaba ahito y una especie de embotamiento le adormecía el cerebro, dejándolo sólo pensar en su triunfo, en lo que dirían los otros cuando lo vieran.

María Rosa avanzó unos pasos, hasta quedar junto al hombre. ¿Por qué no la miraba? ¿Por qué no la atraía a sí en abrazo suave? ¿Por qué no le acariciaba las manos? Hasta que llorando grandes lagrimones balbució:

—Pancho...

—¿Qué?—dijo secamente.

No le guardaba ningún reconocimiento. Nada lo atraía en

ella. Al contrario: le daban deseos de maltratarla para vengarse de los muchos desdenes, de la larga espera.

—¿Qué?—preguntó nuevamente con agresividad.

—Pancho—y los ojos buscaban tímidos los ojos de él—Pancho, ¿me querís?

—¿Quererte? ¡Je! Pa eso tenís a tu viejo...

—Entonces... —y las pupilas se le inmovilizaron en un punto de la pared.

¿Entonces no la quería? ¿No la quería? Y casi sonrió al pensar que aquello era una broma.

—Tan bromista qui lo han de ver...

—No es broma. No te quero. ¿Por qué iba a quererte? Pa mí sos como una cualesquiera, hasta si querís te pueo pagar, pa que no tengáis por qué quejarte e mí.

—Pancho... Pancho...

—¿Qué? Pancho me llamo ¿Qué?

—Sos un canalla.

—Hace un ratito no más no ícías eso.

—Hace un ratito yo estaba loca...

—Loca, loca—y de pronto, rabioso, perdido todo miramiento—sí, loca... Buscate disculpas agora. Hace un rato eras lo que sos, una mujer como cualesquiera. Yo no sé hasta cuando se te va bajar el moño. ¿Creís que te quero? ¡Ja! ¡Ja! No voy a perder mi cariño en ti... Ni pa guaina servís... Jue pa ganar una apuesta que vine p'acá. Ya está, ya lo sabís too. ¿Qué?

Se puso en pie amenazador. María Rosa lo oía con los ojos cerrados, temblando a cada palabra, recibíéndolas como puñaladas en medio de su amor, de su dignidad, de todos sus sentimientos.

—¿Qué?—decía el hombre en una especie de furia vengativa.

—¿No contestás? ¿Sabís por qué no me voy entoavía? Porque Chano Almendras y Melchor Candia me van a venir a buscar, aquí a tu casa tuya, pa convencerse de que sos mi guaina y pagarme al tiro l'apuesta. ¿Qué?

La mujer había abierto los párpados y ahora lo miraba fija-

mente, con tal concentración en el poder visual que las pupilas se le dilataron hasta tomar todo el globo del ojo.

—¡Canalla!—dijo—y con un movimiento que Pancho no alcanzó a prever, cogió el rebenque de un clavo y azoló la cara del mozo.

—¿Qué? ¡Ah! Bestia... ¡Ah!

Le pegaba en las manos que querían defenderse, en la cara, en las manos, en la cara. Era un movimiento rápido y mecánico, como si el brazo hubiera cobrado un resorte que lo echara de uno a otro lado, dando seguramente en el blanco.

El hombre retrocedió y abrió enteramente la puerta, tomado íntegro por la cobardía latente en él. Los golpes lo aturdían. Salió huyendo. Libre por la distancia se volvió vomitando injurias. La mujer gritaba:

—Mininco... Lolenco... —y silbó a los perros, que acudieron prestamente. —Agarra, Mininco... Agarra, Lolenco... Agarra, agarra, agarra...

Se le fueron encima y entoces, perdiendo su actitud retadora echó a correr hasta el camino, con los perros detrás, ladrándole, tirándole tarascones a las piernas. Corrió hasta el camino.

Pero ahí se detuvo bruscamente: Chano Almendras y Melchor Candia—que llegaban a caballo—miraban su huida con la burla ardiendo en los ojos. Los perros, sorprendidos con la presencia de los mozos, también se detuvieron.

—¡Je!—rió Chano—¡Parece que no te jue muy bien!

Y como Pancho Ocares intentara explicarse, lo perros azuzados nuevamente por la mujer, lo atacaron con mayor furia.

—Agarra—gritaba María Rosa. —Agarra, Lolenco... Agarra al sinvergüenza canalla... Agarra, Mininco... ¿Qué se había imaginado el bandido qu'era yo? ¿Creía el cochino que no me iba a defender?

Pancho Ocares se aislaba a puntapiés de los perros. Los mozos reían, sin compartir aún la indignación de la mujer: tan grotesca era la figura del otro. María Rosa avanzaba hasta el camino y les decía con las palabras tremolando de ira:

—Corretéenlo, péguenle, es un canalla, un criminal. Péguete Chano... No le dejen hueso bueno... Péguete Melchor...

Era sincera en su ira. El hombre se había destruído a sí mismo en el sentimiento de la mujer. María Rosa había olvidado cuanto pasara en la casita un momento antes. Recobraba su personalidad de Flor del Quillen. Mentir, simular, hacer cualquier cosa, provocar un escándalo, llegar al crimen, pero que nadie supiera nada, que todos creyeran en una agresión, basándose en su protesta iracunda.

A su vez Pancho Ocares quería explicarse, pero entre su deseo de hablar y el pavor de los perros, sólo conseguía balbucir palabrotas.

Chano Almendras y Melchor Candia dejaban de reír para dar mejor cabida a la indignación. Levantaron los rebenques, echando los caballos sobre el mozo. Pero no alcanzaron a tocarlo, que el otro al verles la intención, sin ninguna esperanza de ganar la partida, saltó la cerca que cerraba el camino, corriendo por el potrero hasta perderse en el monte. Los perros siguieron tras él, pero al llegar a las quilas se quedaron ahí tirándole ladridos, mirando tan pronto la casa como los árboles, andando y desandando camino, en la inquietud de no haber cumplido exactamente su deber.

—No era na lo que quería el peine... —comentó Melchor Candia mirando a María Rosa con ojos de admiración.

—La Flor del Quillen na más... —dijo Chano con orgullo. Con su empaque señoril de siempre, María Rosa, sonriendo con la boca aun en temblor de ira, los invitó amablemente:

—Bájense a tomar alguna cosa. Así me acompañarán hasta que llegue Saladino.